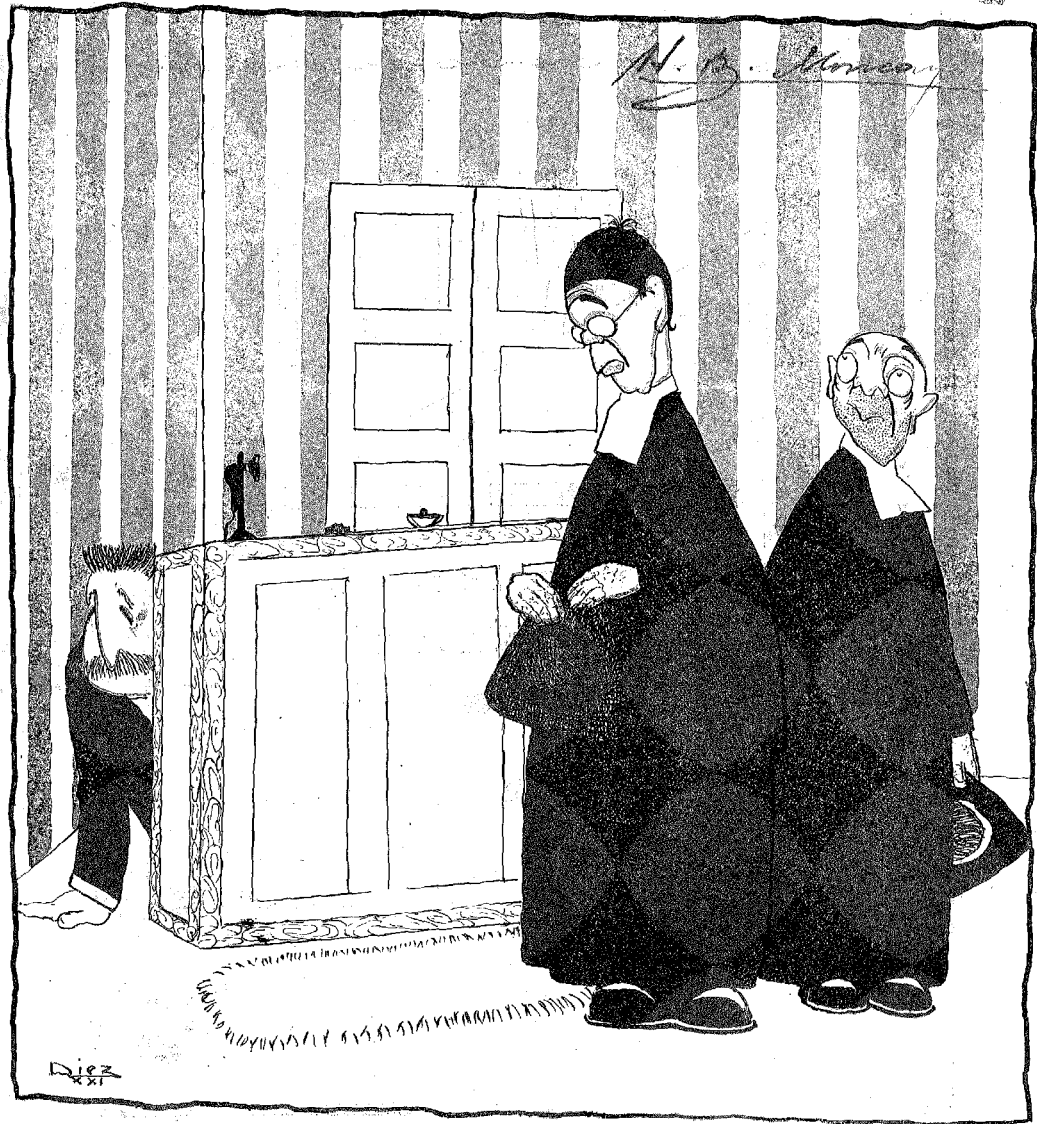


CARICATURA

Nº 83



Con estos legos "queridos" hasta el Ministerio anda un poco arbolado
Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

SALVITAE

**Su acción Laxante
es mayor si se toma
antes del Desayuno**



SEMANARIO HUMORISTICO DE LA VIDA NACIONAL

RÉDACCION Y ADMINISTRACION CALLE GARCIA MORENO N.º. 30

APARTADO DE CORREOS LETRA Z

AÑO III

Quito, Enero 9 de 1921

NÚMERO 83

CRONICAS Y COMENTARIOS

: : PERIODISMO CASERO : :

Si nuestros periódicos se limitaran a la lucha dogmática o política, a lo comercial, a lo informativo, a la crónica y al comentario, dentro de una norma seria o frívola, pero siempre *periodística*, en el mejor sentido, tengo para mí que la decadencia, el olvido, la muerte misma es cuestión de horas.

No es posible tener vivo siempre el interés de este pequeño público lector con sólo las desabridas columnas de los editoriales, y de los pesados artículos de interés general; los superfluos e insustanciales datos del cable, las ridículas contravenciones de policía; lo que hizo ayer el Comisario Mengano, y que se murió hoy don Zutano.

No y no. Estamos todavía en un muy feliz y primitivo estado, para estarnos preocupando de esas cosas, de todo ese conjunto que forma justamente la *casa pública*.

Qué nos importa a nosotros todo lo que hagan o digan los altos Poderes, las altas Esferas Oficiales, los dueños del mango de la sartén, los intrigantes palaciegos o los cochines políticos? Nadal Vivimos tan a gusto así, sentados en el Parque (¡oh descanso simbólico!) y ya pueden todos los enemigos de la Patria, que lo mismo están allende las fronteras, que cobijados por el techo materno y patrio, darse la molestia de venir, alborotar, llevarse hasta nuestras mujeres y nuestras hijas y refirse en las barbas de los próceres.

A nosotros, qué nos importa!

Pero cuando los periódicos, dejando a un lado lo político y lo informativo, lo policial, lo sanitario y lo tonto, se dedican a propinar esmeradamente unos soberbios palos a mi tío don Leonidas, porque sí; a mi pariente don Luis Felipe, porque no; a don Pepe, porque no da ningún motivo y a don Clemente porque sí lo da; a éste, porque allí, en 1875 comió una tarde unas costillas de puerco; y a este otro porque, dos años después, también las comió; en resumen, cuando aparecen los venerables diarios de la localidad, con una serie de nombres exóticos y llamativos y con unas iniciales enigmáticas y vergonzantes, finalizando unos artículos chistosísimos, en los que sin grandes rodeos, se le llama al señor que pasa por la esquina *ladrón, feo y tonto* y a ese otro que baja por esa calle: *vendido, traidor, inepto*; cuando buenamente se le ha dicho en cualquiera de los diarios de la mañana, al mismísimo amigo que ahora conversa con nosotros en el Parque, que él fue el que se robó en tal año tales y tales chucherías; cuando este amigo, probablemente un poco enojado, (un poco nada más!) contesta al otro, que bien puede ser un tío nuestro, que en tal año y día comió los feos pedacos de robo, estupro y mutilación;... oh, oh, así solamente tenemos prensa interesante y novedosa, de esa

do disputarla a puñete limpio a los vocea-
dores.

* *

Y es natural. Somos un puñado de gente, de ridiculez infinita, pero más infinitas pretensiones. Obiquito y menudito todo, en tal forma, que quien (como este servidor de ustedes) vea las cosas desde el elevado sitio de su frivolidad, de su humorismo o indiferencia, no puede menos que tener un dulce diminutivo para todo cuanto de *vida nacional* nos rodea. ¡Esta República! Esta genticita! Estos periodiquitos! Estos soldaditos! Este pueblecito, mísero, sucio y atrasadito!... No es verdad, lectores, que andamos absolutamente conformes?

Pues, en esta pequeñez, en esta hipu-
tense y desmedrada vida, hacemos, más o
menos lo mismo que hacen los mayores.
Hacemos bulla, sobre todo; hacemos políti-
ca; hacemos prensa. Aquí, que nos cono-
cemos todos, que nos sabemos la vida ín-
tegra del último de los zapateros, lo mis-
mo que la del Arzobispo; que nos encon-
tramos, al andar de cinco calles, con todos
los altos Poderes y los más sabios políticos
y los más temibles periodistas; y que dán-
dosenos un camino por toda la Nación y
sus dependencias, nos morimos de gusto y
de risa, cuando se tropieza en la calle un
Ministro de la Corte, o se resbala un
Consejero de Estado, nada es tan intere-
sante, nada tan patético y atractivo, nada
tan delicioso y divertido como el ocuparse
los periódicos, (dejando aparte tan sosas
cuestiones como tienen siempre,) en burlarse
de don Justo, de don Miguel, de don Leo-
nidas; insultar a don Felipe, a don Rafael,
a don Casimiro;—personajes todos a que-
nes vemos todos los días y en cuyas fis-
cnomías podemos estudiar los defectos que
causa a las once un buen insulto propaga-
do, comentado y repartido en la mañana.
Es delicioso.

En otras partes, con muchísimo menos,
habría para media hora de balazos. Aquí
no.

En primer lugar, todos somos más o me-
nos parientes. No es el lugar de hacer
una divagación larga sobre como los ban-
didos de los españoles y los no menos ban-
didos de Ruatiahui, Ququis y Hayna-
Palcón abusaban de las vírgenes del Sol,
para venir con tan delicioso, pujante, brio-
sa y magnífica hibridación a formar este
bendito y feliz pueblo del Corazón de Je-
sus. No. No nos perdamos.

Basto saber que todos somos más o me-
nos primos... cosa que puede comprobarse
fácilmente, sin ahondar mucho en investi-

gaciones. Y es justamente esta circuns-
tancia la que hace deliciosas novedades
periodísticas.

P. Q. Q. de "El Comercio" firma hoy un
feroz artículo contra don Práxedes. Don
Práxedes insulta mañana a la abuela de
P. Q. Q.... Don Delfín defiende a la abue-
la de P. Q. Q. e insulta, de paso, a C. M.,
que defiende a Práxedes. C. M. llamará
bruto a don Canuto, que no ha dado nin-
gún motivo.

Se forman así unas tremolinas eucanta-
doras.

* *

Luego, cuando se trata de personas tan
conocidas; tan manoseadas, como si dijé-
ramos, tan aburridamente sabidas como don
Leonidas, o don Luis Felipe, la diversión
llega a su colmo. Don Leonidas lo deja
hoy nuevecito a don Felipe. Don Felipe
le dejará mañana a don Leonidas como un
guñapo.

Todo en un ambiente pacífico, sin gra-
ves altercados, sin el remoto, ni remotí-
simo peligro de un tiro.... Todo en un aire
casero, aire de broma familiar, en que a lo
mas, se suprime la salutación.

* *

Como solemos encubrirnos, y nos gusta
infinito la careta, y cuando no tenemos
careta nos tapamos siquiera con dos o tres
letras, que por lo regular, no son las nues-
tras, quizás en estos días sorprenderemos a
menudo diálogos como éstos:

—¿Has visto «El Día»?

—Sí, papá, y que hay?

—Que hay un artículo firmado por A.
B. C. en que me llaman *hubbéil graduado*
y de consulta.

—Pero eso es contra el X y Z de «El
Comercio»

—Pero éste soy yo!...

—Pues el A. B. C. es tu hermano Nica-
nor!...

—Y qué hago yo ahora? ..

—Nada. Que te haces el sordo y le po-
nes a A. B. C. que no haga por dónde co-
gerlo.

Y esto es delicioso, conmovedor, edifi-
cante. Es, además, inofensivo y sin rie-go.
Es como una serie de perpetuas inocenta-
das, en que los acreditados periodistas Del
phines, Pepes, Jiménez, Haches, Zetas,
Eles, Emses, Jotas, y Btéteras, Mono-, Be-
lormos y Vijas, de la gran mascarada, lan-
zan un puñado de feos insultos y escondi-
dos tras una puerta, gritar: "Me conocís!"



PLEITESIA ROMANTICA

A María Sáenz Ch.

*Nacieron bajo el astro de la galantería
a perfumar un siglo, como la Maintenón.*

GUILBERMO VALENCIA.

La Historia tuvo un siglo perfumado y galante
sólo para que un siglo te sirviera de augur...
No hay línea que te copie, ni verso que te cante;
ni rosa en la pradera, ni estrella en el Levante
que rime con la gloria de tus sueños de Azur!...

* * *

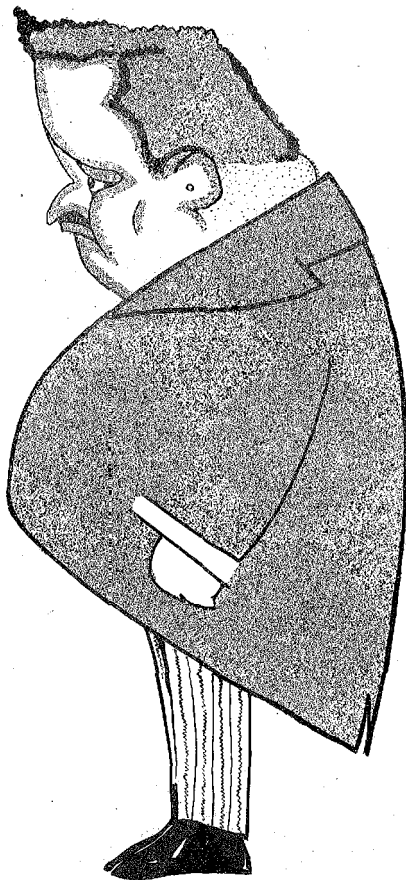
Inefable y romántica... Te llamaron: María,
por tu ingenua frescura de leyenda oriental...
Eres todo el ensueño, toda la poesía!..
Tus manos, son las manos de la Santa de Hungría,
y tu pecho, un escudo de realeza imperial.

* * *

Y como el Padre quiso que el Universo fuera
espejo de cien lunas, para tu encarnación;
en cada maravilla te puso una quimera:
Para seguir tus huellas sembró la Primavera,
para copiar tus ojos, cada constelación!

José María Egas M.

Los Padres de la Patria



El Senador Horacio que no es
propia:mente Horacio Flaco

PICKLES

No se sorprendan Uds. si les digo que ha venido a visitarme Federico González Suárez. Ni quiero decirles que *éste*, mi amigo no es el *otro*, es decir, el González Suárez por autonomasia, el ilustre Arzobispo considerado hasta aquí como el más sabio de los ecuatorianos. (Así lo creo y afirmo yo también, por no tener otra opinión más cómoda para lanzarla cualquier momento).

Este Federico González Suárez es un cualquiera, un... González por el padre y Suárez por la madre; es decir, para mayor claridad, que es hijo de un cualquier González, y de una Suárez cualquiera. Y aclaro tantísimas cosas, porque es forzosa su presentación.

González Suárez, amigo mío y de Uds., aunque es bastante imbécil y sobradamente inepto, es empleado público y periodista. Se distingue en primer lugar por sus *opiniones*; unas opiniones sobre todas las cosas, sobre todos los acontecimientos, aún los de diaria ocurrencia, como no las tiene nadie, como no es posible que las tenga nadie.

Y como *éste* y otros parecidos entes van a ser presentados por mí, nimbados en la luz de oro de sus opiniones, bueno está que se los vaya primero conociendo poco a poco. Esto, además, evita engorrosas y cuestionables confusiones.

Con González Suárez hemos charlado en estos días, lo mismo que con tantos otros anónimos y descoloridos personajes, sobre el tiempo, sobre los Inocentes, sobre Política, sobre chismes, sobre la Eléctrica, sobre los millones...

Y yo, que vivo recogiendo opiniones y opiniones, hasta de los periodistas, de los abogados, de los médicos y de los políticos más imbéciles, he desechado, he arrojado al canasto del olvido todas o casi todas las opiniones que me han acosado y zumbado en estos días, para guardar sólo las de González Suárez.

—Qué sabe Ud., don Federico, de aquello de los treinta millones de P. Cowan...

—Hombre! Pues, muy poca cosa. Que

aquello es una fantasía milianochesca, como se dice ahora, con sus ribetes de inocentada intercontinental. ¡Treinta millones... de dollars! Una barbaridad! Sabes tú lo que son treinta millones de dollars al dos noventa y cinco?

—No, don Federico.

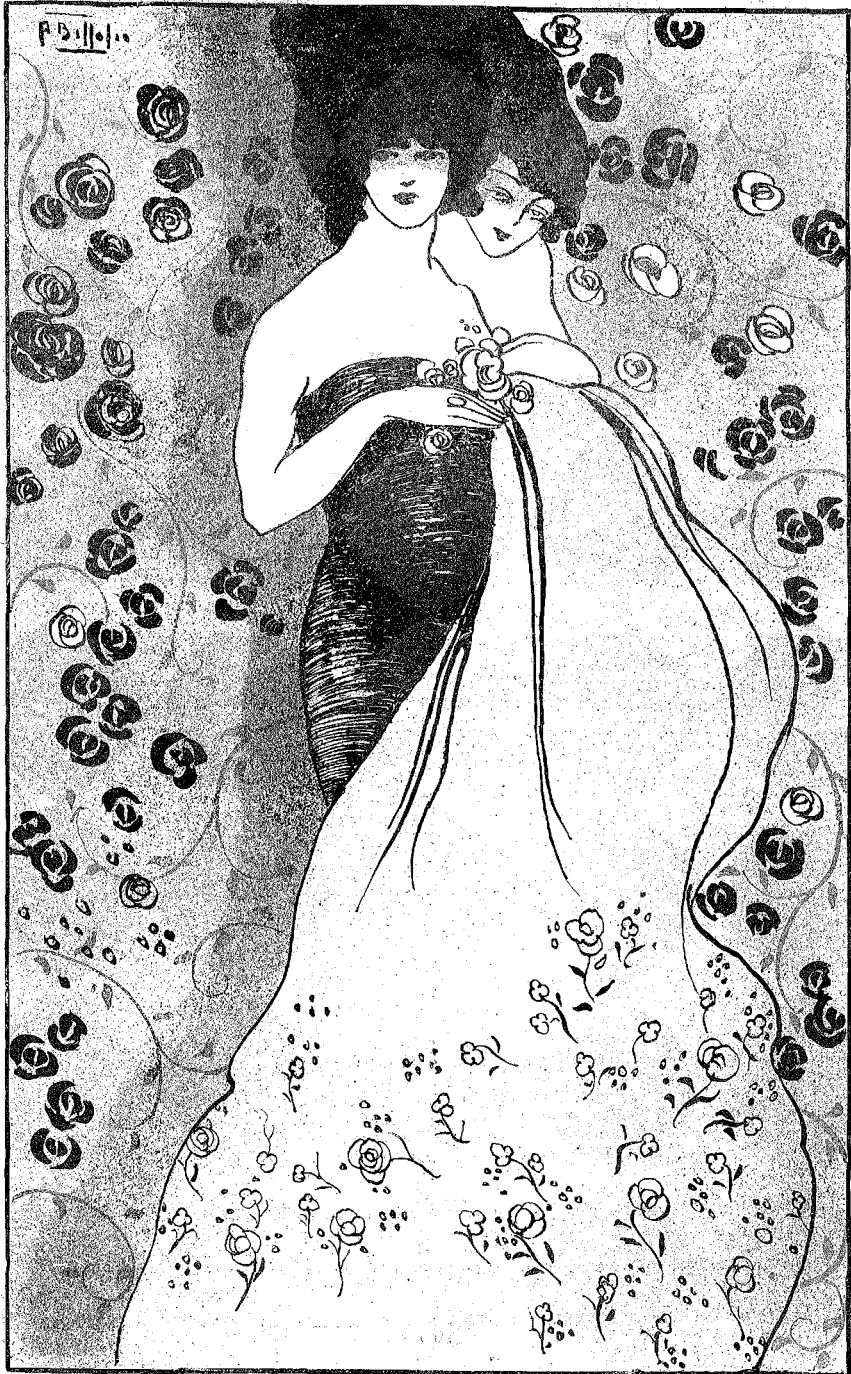
—Bueno, pues es cuestión de sacarlo.

Pero no hace falta. Basta sólo que pienes que treinta millones que *caen*, así que *caen*, como llovidos del cielo en esta dichosa tierra, son lo más colosal, lo inmenso, lo más grandioso que puede ocurrirnos! Son la redención, la civilización, la opulencia. Los felices herederos, treinta mil felices herederos, sugestionados o sabiamente aconsejados por gentes de muy alto saber, nos redimirán de la atroz argolla del Ferrocarril del Sur; se harán dueños de las más poderosas empresas; lo harán todo; lo comprarán todo. Pueden comprar la República, aumentando alguna pequeñez por la Presidencia; y serlo todo, dominarlo todo. No es cierto?

Treinta millones de dollars llegando al Ecuador en un fantástico barco Lohengrinesco de proa maravillosa y arrastrado por cisnes, constituyen el acontecimiento mayor de la Historia Patria; superior, muy superior a la *Independencia*, con sus Diez de Agosto y Nueve de Octubre, Guerras de la Libertad, Pichincha o Tarqui; superior, infinitamente superior a la venida de los Españoles, esos ladrones de Pizarro, Almagro y Compañía. ¡Oh, *ésto* no tiene comparación, ni precedente! Es algo infinito, épico y único.

Y con la revolución que ha hecho su venida! Cuántos fantásticos proyectos, cuántos sueños, cuántos delirios! Autoridades que avizoran con un empeño que jamás les mereció la Cara Patria; abogados que sueñan con ser los consultores de los bienaventurados parientes; médicos que darían sus hígados por atender esas dolencias de los Orosos Cowans; Santos Sacerdotes que darían a Cristo mismo, esta vez no por treinta *dineros*, sino por treinta millones o algo así; arquitectos que construirían los palacios de estos multimillonarios en todos los lugares edificables de la Repúbli-

P. Billore



Las Incepciones
Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

ca; ayos, ayas, mozos, pinches, caballeros; todos con la mira puesta a próximos o remotos palanqueos; y novios, ¡oh, miriadas de novios, o novias, porque aquí, en este caso, no vale averiguar edad, sexo, condición, tamaño, color, forma, nada, nada; la cuestión es casarse, y casarse pronto.

Pero, a todo esto, que es de los millo-
nes? Vienen o no vienen?

Porque si vienen, sería de preparar una recepción más grandiosa que si viniera el Papa con todo el Sacro Colegio Romano a hacer una visita a la tierra de García Moreno.

Pero, si no vienen?...

Nos caemos del Olimpo de las ilusiones, y adiós proyectos, cálculos, cuidados y combinaciones. Adiós compras, ventas, fiestas, bodas y locuras. Adiós todo. Vendrán? No vendrán? Seremos de tan loca suerte que, sin comerlo ni beberlo se nos entren a casita esos pocos millonejos? Nos enviarán en oro bruto, o amonedado? Nos enviarán quizás una estatua de oro del tamaño de la Estatua de la Libertad? O vendrán cien elefantes y cincuenta camellos, cargados de oro, plata y pedrerías?

Qué será? Qué no será? Seremos de tan mala suerte que aún esta vez, después de haber saboreado tan dulce y beatífico sueño, no nos envíen estatua alguna, o si nos dan, no nos den la estatua rubia sino... la castaña?

FILOSOFÍAS

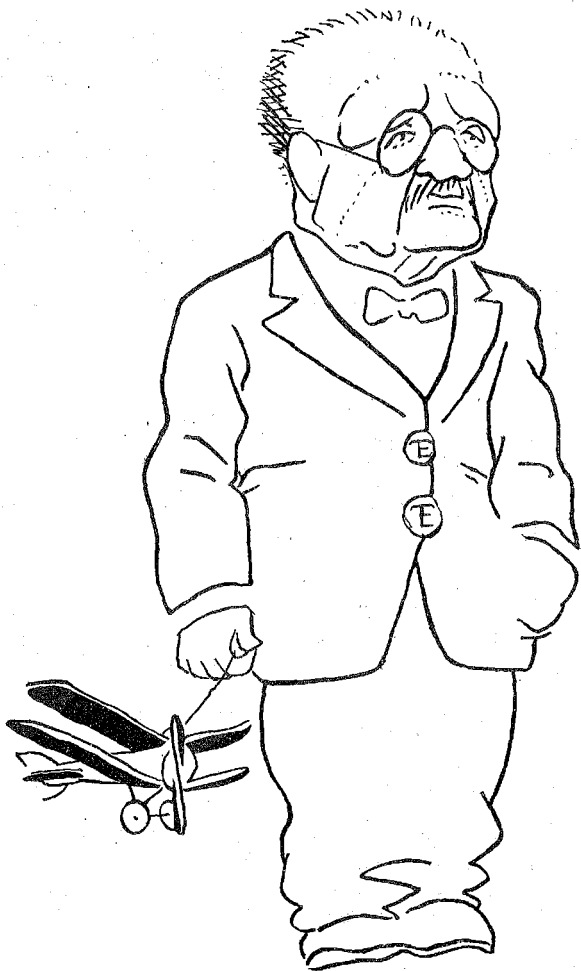
Quise ser ingenuo en una rara confesión,
quise ser ingenuo, y destrocé mi corazón;
y hoy comprendo como cien incógnitos maleficos
orfebrizan el ánfora de innúmeros vicios,
en la materia humana, débil de condición.

La verdad cruje ahora cual herrumbrosa llave
que forzara las arcas del bien y del mal;
La verdad desafina en su tono más grave;
y, si se sostiene, es sólo una nota gutural.

Ya ni siquiera me asombra el viejo desconcierto
en que gastamos todos aquesta gran mentira,
que nos ciega hasta el punto de negar lo que es cierto
y holocaustar verdades en utópica pira...

El mundo es falso siempre. La vida es detestable;
y en todo lo que existe, sólo se mira amable
el amor, que es mentira y es verdad a la vez.
El vivir solo entiendo, el camino invariable
que adelantamos para llegar a la vejez.

M. V. Pérez Flores.



Hizo con livr vn contrato
le negocio sv aparato
y con esta operacion
estuvo vn pequeño rato
de Padre de la Aviacion

Semana Guayaquileña

UN HOMBRE Y UNA MUJER

Enero 4 de 1921.

Don Víctor Manuel Rendón se populariza con sus décimas y versainas, en las que destila todo el salero de su vejez.

El público ríe de la graciosa *pose* de este patriarca, buen padre de familia, caballero excelente y clubman de barbo blanca y florida, que amenaza con marcharse a París o Madrid, para que los mandatarios de allá le confieran todas las condecoraciones habidas y por haber.

Cuentan de don Víctor Manuel, que en cierta ocasión se presentó deslumbrante en las angustias esplendídeas del Escorial. Recitó poemas americanos, y sus colegas le aplaudieron con estrépito y entusiasmo. Creían tener al frente un Olegario Andrade, Bello, Juan de Dios Peza o cualesquiera de aquellos señores del clasicismo que nada dicen al nervioso y mutable espíritu contemporáneo, anhelante de sensaciones que tengan la caricia de la onda marina y la gaura de un alba de primavera en el cielo del Trópico.

Como un galantuhomo de la Italia renacentista de Leonardo o de Miguel Angel, o de la Francia versallesca de locos tenorios euamorado, así este poeta *aritmico*, pasea su elegancia y su inspiración por parques y boulevares, recibiendo las genuflexiones y reverencias de la juventud alegre de los refrescos, del *flirt* y del *five o'clock*, que lo saluda, lo ve y se ríe, con tremenda malicia luciferina.

De seguro que él no es conspirador ni revolucionario; es un sagrado *espécimen* respetable; una flor de pergamino y de tradición. Tiene publicados algunos libros, fruto tal vez del cacumen de intelectualidades españolas que en París residen en la angustia y en la miseria.

Sin embargo, ha traducido al francés el sobrio y aplaudido *Canto a Junta*, conservando el alma olímpica en lo posible, sobre todo en la sinfonía incaica de la frase, que se derrama como un torrente para inundar nuestros sentimientos.

Descanse en paz, don Víctor, apóstol del pacifismo y la castidad; autor de libros que no se leen y de versainas que hacen reír. Loados sean los hombres *ainsi*,

en la caldeada atmósfera de este siglo.

Como en inmensa romería van los desocupados a conocer a la presentita heredera de Mr. Cowan, que hasta hoy vive en una choza destacalada de un arrabal, a donde acude la curiosidad de los periodistas a interrogarla por sus costumbres, sus pretensiones cuando sea la única negra multimillonaria del mundo entero.

Porque ella es rematadamente africana; lleva en sus venas legítima sangre de Kan, su padre y antecesor. Sus ojos casi apagados en el tramonto de la existencia, parecen mirar, muy cerca, la tumba; su nariz chata y roma, denuncia al perro de presa que en el fondo es inofensivo. Luce cabello apretado, ruelo, sin un solo mechón de cañas que preludio sus largos padecimientos de mujer pobre.

Pese a la perspectiva de sus 30 000.00, aún no logra comer dos veces al día. Esparea en el yantar, porque no alcanzan para más las exiguas capacidades de sus recursos, el canon de su trabajo en lavandería, o aceptando el óbolo de sus uictos, bebedores empedernidos, vagabundos y jugadores. Tiene varios retoños; tres o cuatro *cholitas*, que en breve coquearán con pretendientes de la buena sociedad, de los pescadores de herencias con el anzuelo del matrimonio o de una falminante y rápida maucelía.

Nosotros también, simples mortales, visitamos a la truculenta archimillonaria. La saludamos, a nombre de «Caricatura».

—¿Qué es eso, me preguntó?

—Una revista, señora.

—Ah, papeles, —murmuró en soliloquio, mientras apuraba un rojo vaso de chicha, sentada en la escalera de su chocheta, envuelta el cuerpo en un manto verde como una bruja, como esas encantadoras de serpientes que vinieron de Marruecos al Nuevo Mundo encerradas en las galeras de los barcos de la conquista.

GASTÓN DELLYS.

Jaime Salinas, el conocido artista guayaquileño comienza a enviarnos sus trabajos, iniciando la serie con la caricatura de Dn. José Abel Castillo.

De la vida que pasa

LA AVIACION EN EL ECUADOR Y LOS BAILES YANKEES

Decíame el otro día una romántica y bella amiga mía en un raptó de ensueño y de espontaneidad: "Yo si me casaría con un aviador!" Tentado estuve de decirle: "¿Quién fuera Liut!", y ella seguramente así lo esperó, pero fui prudente y supe dominar el impulso primo con el áureo freno de la discreción, preferí guardar silencio quizá porque tuve miedo de "abrir mis heridas que suelen sangrar".

Ella fue la primera en romperlo, y ya era tiempo, porque por momentos iba haciéndose fastidioso e inquietante.

—¿Por qué no se hace Ud. aviador!—me preguntó. Francamente, quedé tan sorprendido de semejante interrogación que acto seguido no supe qué contestarle y me hallé nuevamente desarmado. Sonreí con una sonrisa tan estúpida que yo mismo me tuve pena, vacilé como un bebé y por fin terminé por decir un disparate mientras ella trataba de ayudarme a salir del paso ponderando las excelencias de la aviación desde el punto de vista erótico y sentimental. Creo que hasta me dijo que había soñado que la raptaban en un aeroplano y que entre las nubes y el espacio había sentido los ultradivinos espasmos de esa iniciación amorosa muy siglo XX.

En definitiva, no me quedó más recurso que prometerle formalmente que iría a estudiar aviación una vez instalada la escuela y que tan luego como obtuviese mi *brevet* de piloto, vendría por ella en mi aeroplano, como quien dice con mi sombrero de paja o con mi pantalón listado, y entonces... celebraríamos nuestros esponsales en los aires teniendo por lecho el incómodo y poco espacioso asiento del avión, por dosel la bóveda azul, mientras la hélice del motor simulase, con su voz de abejorro, una marcha nupcial y los cóndores del Ande, de los que tanto han abusado en este tiempo los poetas de Cuenca y los reporteros de "El Telégrafo", fingiesen las armonías de un epitalamio anaeréutico, para terminar por fin, nuestro idilio etéreo con un emocionante *looping the loop* o con una poética pirueta a la que pondríamos el nombre de "la caída de Eros".

Hoy, la rubia espiritual,—porque es rubia la chiquilla, y "tan rubia es la niña que

cuando hay sol no se la ve", no cesa de interrogarme con la mirada anhelante no sé si por cuándo ingreso en la escuela de aviación o por cuándo me caso con ella, porque en último caso, creo que, aviador o no aviador, ella está decidida a casarse conmigo. ¡Cosas de la aviación, na-la más!

Y como esta niña de mi cuento pensarán otras muchas. ¡Cómo no estará Elia Liut de deseado y soñado! ¡De cuántos insomnios, de cuántas ojeras moradas no será causante, al mismo tiempo que, cuántos sueños venturosos no habrán provocado sus atrevidos vuelos!...

Decididamente este oficio de aviador o de volador me va gustando,—¡lo quieren a uno tanto las chiquillas cuando lo han visto en las nubes!—que hasta estoy en la novelería de solicitar mi aceptación en la escuela de aviación, si en dicha escuela no tiene nada que ver el General Plaza.

"Los aeroplanos. Los aeroplanos
no cerrarán sus alas en toda la mañana.
Los aeroplanos. Los aeroplanos"

¿Quién no ha tenido alguna vez ganas de volar o de ensayar alguna volada?

Quito no era una ciudad civilizada hasta que no aterrizó en su mezquinado *champ d'atterrisage*, Elia Liut. Hoy, ya es otra cosa, porque desde hoy ya todo se hará en aeroplano, todo: (tal es el furor pro-aviación que hasta hacen recordar a reinas que son reinas o, por lo menos, que un día lo fueron, y las hacen firmar sus proclamas (por las que les pedimos perdón). Habrá correos aéreos, ejército aéreo, empresas de transportes aéreos, con lo que están de plácemes las mulas de «La Express» y los de la «Protecciona de animales», y hasta dicen, que la Sociedad Funeraria Nacional, queriendo entrar por el camino de las reformas liberales, ha encargado por medio del Amable Ortiz, cuatro aeroplanos de pompas fúnebres a Alemania, y no a otro país, porque los miembros de la citada Institución son canibales y germanófilos.

*
*

Pero así como hay chiquillas que desean

casarse con un aviador, también las hay de menos vuelos y menos aéreas, que se conformarían simplemente con un apuesto mancebo que bailara *fox-trot* aunque no supiese otra cosa de más provecho.

¡Oh, los bailes americanos! ¡Oh, los secretos encantos del *one-step*, del *two-step* y del *fox-trot*! Parece que después del estruendo de la guerra, las gentes de Europa y América, sin duda para no perder la costumbre de los horrores que trajó consigo ese cataclismo, se han entregado furiosa y desafortunadamente a las zapatetas, vueltas y descoyuntamientos más o menos coreográficos de los bailes yankees.

Se multiplican los *dancings* en París, en Berlín, en Londres y en Madrid y hasta a Quito y a Guayaquil ha llegado esta fiebre danzante que como una epidemia terrible amenaza invadir el mundo. Murió el tango, pero han venido a reemplazarlo con ventaja las danzas americanas.

Y es tal la imposición tiránica de la moda en punto a bailes, que a los ojos de los *fox-troteurs*, ya no es completa una chiquilla, por más graciosa e espiritual que parezca, si no sabe *fox-trotar* como enseña Tommy Wine, y un joven que no hace con la habilidad de un saltamontes "el paso del mosquito" es casi un mamarracho que no debe aspirar a presentarse en un salón.

Ya no diremos con el poeta: «¡Oh cadencias del *raise* que muere! ¡Oh guar de desnudas espaldas!» En adelante habremos los vates de emplear términos pirrotónicos y acrobáticos para ponderar las delicias del *fox-trot*, *jazz* y del *two-step*.

Para casar a una muchacha los padres ya no la recomendarán como antes diciendo: «Sabe gobernar su casa, sazonar un puchero, zurcir unas medias y remendar unos pantalones», sino: «baila maravillosamente el *fox-trot* y es especialista en la cojera... del *one-step*», lo demás son cuentos.

Y es digno de notarse como hasta las personas que se llaman serias caen en la debilidad de intentar el aprendizaje de las modernas danzas yankees, y es de ver a los graves aprendices en los pasos difíciles, en las vueltas rápidas, en las zapatetas y en los descoyuntamientos; la cara que ponen y las ridículas contorsiones que hacen. Pero, no importa, algún día será maestra

tro y podrán darse el lujo de poner en sus tarjetas:

Dr. Fulánez, veterinario

Baila fox-trot, jazz y

one-step.

Nada, que los yankees están yankeinizando el mundo y dictando leyes en todos los órdenes de cosas, ¡y habrá todavía quien les diga fabricantes de salchichas!

Pero no por esto vayáis a creer todas las que habéis fruncido el ceño, con ese mohín tan delicioso y tan peculiar de vosotras ¡oh adorables criaturas! y habéis puesto una cara de pocos amigos contra el que osó pergeñar estas líneas, que este cronista es una antigualla de la ralea de los Granizos y de los redactores de ese bárbaro «Derecho» de ideas tan torcidas y primitivas, y por ende, enemigo de las cosas y de las danzas modernas.

Nada de eso, preciosísimas lectoras. Como vosotras, este pecador cronista, es un apasionado del *fox-trot*, del *one-step*, del *skating* y... de todo. También, aunque no con la maestría de vosotras, se jacta de bailar un poco esas danzas de negros y ha zapateado impaciente cuando no le han salido perfectos «el paso del mosquito» o la «cojera del *one-step*, en su penoso aprendizaje.

¡Cómo iba a renunciar al baile un devoto de Terpsícore! Porque a renunciar al baile equivalía, tal como están hoy día las cosas, el mirar con desdén o indiferencia a los *danceurs* de *fox-trot* y *one-step*.

Y, pues si se trata de los bailes yankees, no hay más remedio que aprenderlos, me dije, y engrosé el número de los discípulos de una fresca muchachita quinceañera que, a su vez, recibió lecciones de Tommy Wine.

Pero si a pesar de esta explicación no estáis satisfechas y os mostráis todavía resentidas del contenido de esta crónica, podemos darla por no escrita y quedamos en paz.

Alonso Quijano.

Dr. Leonidas P. Zurita

CIRUJANO DENTISTA

Ofrece al público y su distinguida clientela, esmero en sus trabajos profesionales.
Horas de Oficina: de 8 a 11 y de 1 a 5.—Día Sábado 11 a 12 gratis a los pobres.
Carrera Venzutela, frente al Hotel "La Palma".

EL SEÑOR DE LAS INDISCRECIONES

Las damas elegantemente ataviadas esperaban al Señor de las Indiscreciones. ¿Quién es este hombre exótico?—Pues un hombre, encantadoras curiosas. ¿Queréis saber todavía más después de todo esto?...

El Señor de las Indiscreciones se presentó en el saloncillo rojo donde indolentemente despercebaban las señoras su charla cantarina, entrecortada de suspiros. Venía como siempre estirado y pulcro. Sobre la blancura sin mácula de la camisa fulguraban dos brillantes enormes. En la cabeza lisa y muy bien peinada todos los pelos ocupaban su puesto. El Señor de las Indiscreciones todas las tardes infaliblemente hablaba de mil temas a las mujeres allí congregadas. Pero sobre todo era un Profesor de Amor y de Energía o ambas cosas al mismo tiempo.

Cuando estrechaba la mano de la última señora, una de ellas le preguntó:

—¿Y sobre qué va hoy a pontificar?

—Francamente no sé decirlo, repuso, porque me gustaría hablarlos del amor, pero me hallo muy solo entre tantas bellas... Y el amor, señoras, es el hombre. Sí... Sí... no hay que rebelarse contra la verdad. Apenas empieza una mujer a mirar el mundo ya ama, pero ¿qué es lo que ama? Ella no lo sabe; le inquieta un anhelo confuso, tiene un deseo dulce, una sed de ternura. Y sólo cuando el hombre asoma, se da cuenta de que era el amor lo que la tenía emocionada, ojerosa y ansiosa de algo vago. Luego... Nosotros, yo... somos el amor.

—Para el hombre sería en cambio la mujer el amor, dijo una dama.

—No, contestó el Señor de las Indiscreciones. Es imposible sentar la hipótesis de que la mujer sea el amor, porque todavía ignoramos qué cosa es la mujer. Hay que empezar por el principio: ¿Qué es la mujer?

Y cada una dió su opinión:

—Un Casanova sin brida, dijo una señora obesa.

—Oh! divino lirio, arcilla ideal, verso de Musset, dijo una chiquilla de silueta *art-nouveau*.

—La futura madre, dijo una bailarina.

—Alegria de la vida, dijo una suegra.

—La Eretomanía, dijo una de tantas.

—Bueno. Dejarme hablar sin interrumpirme, bellas amigas, concluyó el Señor de las Indiscreciones. En vano os exaltáis. Vais a dispensarme que sea eruto un momento: la Biblia dijo de la mujer "la eterna bestia impura". Pero no es así. La mujer cambia según los gustos de cada

persona. Para los maridos, por ejemplo, tan sólo es la madre de sus hijos...

El conversador encendió un cigarrillo "Kedive" y continuó:

—Aguien ha afirmado que la mujer es una criatura que sólo se ocupa de charlar, de vestirse y sobre todo de desnudarse, Juan V. de Bretaña tenía la idea de que una mujer era todo lo sabía que necesitaba ser si distinguía en una camisa el puño de la manga. Relativamente todas las opiniones y todas las definiciones tienen un fondo de verdad. Pero yo creo que la mujer... No recuerdo en qué siglo se reunieron en el Concilio de Macon doscientos o trescientos insignes prelados y sacerdotes del alto clero para saber si las mujeres pueden y deben ser clasificadas como criaturas humanas. Después de agitados, razonados y fogosos debates, terminan por decidir que la mujer forma parte del género humano. Yo creo casi justa esta resolución tan gataste, porque la mujer indudablemente debe pertenecer al género humano, ya que es la más preferida en el lecho de los hombres...

—Cabalmente porque somos compañeras del hombre, es que no pertenecemos al género humano, vocifera una voz por allí.

—¡Silencio! A pesar de que yo me adhiero a las resoluciones del Concilio religioso de Macon veo que la castidad es mala consejera. Porque no tiene importancia alguna indudablemente saber si la mujer es esto o lo otro: lo único importante, lo único trascendental es que la mujer cada día descubra nuevos encantos al sortilegio de su cuerpo y nuevos filtros de locura semejantes a los senos...

Las damas insinúan una breve sonrisa y una muchacha de quince años, con el más seductor de los mohines, golpeándole con el abanico en la mejilla al Señor de las Indiscreciones, dice:

—Meloso!

—Gracias. En mis largos estudios sobre la mujer jamás he encontrado una buena definición como la que se da sobre ella...

Las damas no pueden ocultar la alegría y suelta una amplia carcajada.

—Señoras, concluye el caballero, mañana continuaremos esta importante conferencia. Por hoy basta: estoy tan solo!

Y empieza a despedirse de todas las damas. Al llegar a la más demasadamente menos joven y bonita, murmura:

—Hasta después, encantadora rosa de cincuenta primaveras.

Dilettante.



Mística

RITORNELLO

*La novia pueblerina
toda pureza, toda corazón,
que llora al recordarme, en la divina
paz de la aldea, en la hora vespertina,
la novia pueblerina...
Por ella he de decir hoy mi canción.*

*No mi canción sentida
al mordirme la sierpe del dolor,
mi canción buena, mi canción blanca, como aquella vida
lejana, por anhelos quiméricos perdida,
toda amor, toda amor...*

*Y he de decirle a la Muy Dulce ahora,
mi saudade lejana en la canción.
Y he de decirle como mi alma añora
en la inquietud enferma de la hora,
la aldeana paz, su corazón.*

*La novia pueblerina
toda pureza, toda corazón,
que llora al recordarme, en la divina
paz de la aldea, en la hora vespertina,
la novia pueblerina...
Por ella he de decir hoy mi canción...*

Manuel Benjamín Carrión.

De las riberas del Guayas



Jalisco de la Parra

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Como una muestra de atención y simpatía, va en la página anterior la caricatura del Dr. A. Guilbert, una verdadera celebridad médica, y persona queridísima en Guayaquil

Bajo la seda de los antifaces

Es el baile de máscaras. Lentos los violines deshilan los sonos de un *hobótón*, y la música suave, vagorosa, semeja el treumar de la brisa en un jardín de flores de oro y plata. Las parejas se entrecruzan ágiles, fantásticas, y en mis brazos una mariposa de alas azules y ojos de hechizo rueda a compás la maravilla de sus pies. Le hablo al oído de cosas bellamente fútiles. Voy a declararla mi amor... cuando un estrépito escandaloso y horriblemente importuno arranca a la bella de mis brazos, acalla el temblor de los violines, mata las carejadas y las luces, y a mí me hace abrir los ojos asustado.... ¿Qué ha sido? No lo sé.

Tras un largo despezo doy dos palmadas a falta de un timbre de llamada. Toribito, mi buen criado entra, me da los buenos días, abre las ventanas de par en par y coloca el desayuno humeante en la mesita de noche.

Las 11 de la mañana y el 7 de Enero de 1921 ¡Qué desencanto, qué disgusto tan enorme! ¡Se acabaron los inocentes! Una pereza invencible me impulsa a arrebujarme en las sábanas. Si pudiese dormir, continuar mi sueño en aquel punto en que al ritmo del baile y de la orquesta iba a declarar mi amor a la bella mariposucula.

Suenan con sonidos bruscos, inoportunos dos campanadas en el reloj: la media. Es preciso hacer un esfuerzo y obsesionado por mis obligaciones de estudiante universitario me siento en la cama. Bendigo el antiguo dolor de cabeza que me asalta y me permitió el justificarme a mí mismo el no levantarme inmediatamente. Oleadas de luz han invadido mi modesto y muy desordenado cuarto de soltero. Arrojada sobre una silla yace mi ropilla fantástica de bardo medioeval y sobre ella el sol enciende en llamas los oropeles y brocados. En el suelo mi careta, mi pobre careta ríe desastrosamente con su boca dasdentada y la barba blanca enmarañada se arrastra en mechones sucios y feos, más lejos un antifaz negro, otro azul: los restos del delirio, de la alegría loca de ocho días de disfraces.

Me invade una tristeza enorme. Con los brazos caídos al desgaire sobre el cobertor de la cama y el dolor atenaceándome el cerebro, pienso en los díasidos tan cortos, tan felices y sobre todo tan libres. Los demás, me da bascas el sólo pensarlos: ho-

ras arregladas en un horario espantosamente matemático; actos arreglados conforme al criterio de todos menos del mío: a las 8 levantarse, a las 9..., a las 10 ..., a las 11... Cuánto daría por librarme de esa vida metódica, de esas costumbres sociales que me imponen desde el color del sombrero que debo llevar, hasta el hotel en que debo comer. Y si no obedezco, ahí está el "parecer" de los demás: "Hombre, qué corbata tan desusada", "Vamos, en auto no se pasea a las 2 de la tarde sino a las 5", "Querido, hoy domingo no te has cambiado el terno". Y mi temperamento rebelde se subleva en vano contra esa sombra, contra esa esclavitud de todos. Y por eso, los únicos días que vivo libre, feliz, sin disfrazar mis deseos, mis sentimientos, es cuando bajo la seda de un antifaz hago, digo, canto, lloro como me viene en gana sin preocuparme del parecer de los demás.

Con gratitud, con inefable ternura contemplo mi careta abandonada y siento como el anhelo de una plogaría, por esta mi careta divina que candorosamente vela de azul y oro mis ojos atormentados, mi boca desgarrada en perpetua mueca de hastío, y que mi vida monótona, empastada, la convierto por breves instantes en vida de locura y olvido al conjuro de su magia redentora.

El dolor de mi cabeza disminuye, pero aumenta el pesimismo, acaso las coplas de amor y el licor de la vida que ayer me embriagaron de alegría reaccionan y se complacen hoy, en llenar mi espíritu de una filosofía desesperante de hastío. Y en mi mente surge la evocación de un recuerdo lejano.

Hace algunos años, cuando yo era aún un muchacho entusiasta y crédulo, presencié un suceso que entonces me causó una inquietud amarga, e incomprensible y que hoy llena el vaso de mi alma gris de una tristeza irónica y resignada.

Había muerto el jefe de una familia antaño tan poderosa como en ese entonces desvalida y pobre, y tras el dolor sombrío de la muerte se mezcló la angustia, la ansiedad del entierro litúrgico y solemne. El muerto había ocupado cargos públicos y honoríficos, y más que todo tenía parientes potentados que por la "dignidad" de la familia exigieron un entierro "decoroso". Fue preciso vender mal los restos de un cofre de alhajas, y a más empeñar unas cuantas

Album de Caricatura



prendas de vestir. Se reunió el dinero necesario; y sobre el muerto encerrado en una caja forrada de terciopelos y enclapada de metales reflejaron irrisorias luces, coronas y símbolos.

Llegada la hora del "traslado" los señores de levita y sombrero de copa charlaban graves en la sala de espera, pitaban los autos situados en fila a lo largo de la calle, dos carros se atestaban de coronas y la carroza "extra" esperaba al mortal fenecido para llevarlo a descansar en paz.

Fero pasaban los minutos y el cadáver no salía. A las 10 a. m. rezaban las invitaciones y eran ya las 11 a. m. El murmullo grave y solemne de los señores enlevitados creció tornándose un poco agresivo. El hecho de morirse no da derecho a ser descortés. Las sirenas de los autos protestaron ruidosamente y la carroza avanzó unos cuantos pasos como dando a entender que si no venía pronto el cadáver, se marchaba sin él.

¿Qué había pasado? En la sala mortuoria discutían los hijos mayores del difunto con una angustia y una ansiedad indecibles. El hecho era sencillamente grotesco y dramático. En las prendas de vestir llevadas a pignorar, había ido por equivocación, en el aprestamiento del momento la levita del hijo—único varón—que debía "arrastrar" el duelo. Un dilema sin solución posible. Los ojos secos por la desesperación no lloraban, se dirigían a todas partes en busca de una salvación que no llegaba. La posición social exige que el duelo no puede "arrastrarse" sino de levita. Y no había otra, y los segundos transcurrían rápidos... Yo, sentado en un ángulo de la habitación, contemplaba entre extrañado y curioso esta escena desesperante. Cerca de mí un reloj de pared antiguo movía a compás su largo péndulo dorado y de su fondo parecía escaparse una risilla socarrosa. Sobre una silleta un gatazo negro, inmóvil, abría de par en par los ojos verdes, enigmáticos e impenetrables. Cuando parecía que la cosa no tenía remedio y una de las niñas se retorcía las manos de desesperación, mientras elevaba los ojos al cielo en suprema demanda de auxilio, entró una vieja larga, negruzca, vestida de negro y a la que faltaba tan solo la guadaña para personificar a la Muerte, y mirando fijamente el ataúd murmuró unas cuantas palabras al oído del hijo del difunto. Yo lo vi ponerse lívido y estremecerse el

cuerpo en un brusco e intenso calorífico, luego se quedó mirando como embobado la caja enchapada de metales. En ese momento volvió a abrirse la puerta y apareció un señor muy gordo que exclamó imperativo y colérico: "Dos minutos más y nos vamos todos". Y desapareció dando un portazo.

Entonces sucedió algo terrible y espeluznante: llamó él a sus hermanas, destapó el ataúd, levantó por los hombros el yerto cuerpo del padre que apareció tétrico, rígido, envuelto en una levita negra, y a prisa, entre sollozos histéricos, desgarrantes, le quitaron al padre la levita para que el hijo pudiese acompañarle al cementerio, conforme lo manda la "posición social". Y cuando miró el cortejo que se alzaba me invadió un asco, una honda repugnancia por todas esas fórmulas sociales tan vanas y tan poderosas que estrellan ante sí los sentimientos más caros del alma.

Por eso, al terminar los días de libertad y de alegría y contemplando los diversos trofeos de la locura, siento la amargura de los días idos y el futuro monótono, empantado de todos los días del año. He vuelto a ocupar mi puesto, y otra vez, cada uno de mis actos serán motivados por él: ya no seré libre de decir al oído de las chiquillas las mil y un frivolidades, las alusiones picantes, una severa mirada del padre me haría recordar que pasaron los inocentes. A mi sesudo profesor a quien detesto cordialmente, tendré que saludarle cortés, sin permitirle como ayer embromarle irónicamente con su última querida. Y a mi Marta, morenilla alegre y vivaz como un pajarillo, no podré sacarla de mi brazo, riendo de contento y al amparo de los antifaces. Volver al amor clandestino; los buenos burgueses se escandalizarían, aún cuando todos sepan de nuestro amor.

Y en tanto que a sorbos bebo mi café helado desde hace mucho rato, sueñan las doce y de la tristeza de los recuerdos vuelve al hastío del presente. Y por última vez miro mi careta, careta divina que al convertirme en inverosímil personaje, me hace olvidar de mí mismo, de mis tristezas que son mis miserias, y dejo que mi corazón, como un pájaro cautivo, rota la red de alambre, escape, huya, viva, trine sin pensar en la prisión de ayer, ni en el cautiverio de mañana.

Doublet' S.

Enero de 1921.

Doctor Luis E. Gómez González
MEDICO - CIRUJANO

Consultas de 3 a 5 p. m.—Carrera Pichincha N.º 44—Casa del Dr. Pablo I. Navarro.

Episodios de amor

Son las seis de la tarde. Un chaparrón inesperado, semejante a un *cordónazo de San Francisco*, ha dejado muy en zaga a la acuciosa Sanidad, en caso de limpiar las calles, higienizar las casas y acabar, de una vez por todas, con la señora Grippe que, como en casa propia, se nos ha metido en esta ciudad, sin respeto a la nobleza de sus moradores, ni a la belleza proverbial de sus hijas, ni a la religiosidad ejemplar de sus habitantes, y donde, al decir de un ocurrido y *alhaja* amigo mío, se goza "de peste de salud".

La ciudad está hermosa y, por qué no decirlo?, aún está alegre, despampanante y coquetona, cual una chiquilla de quince años que lleva muy suelta la ondulante cabellera, para que el viento azote en ella y se quiebren en sus gredijas los calientes rayos del sol... La ciudad está bella sobre toda ponderación y son las seis de la tarde. Contrasta esta hora con el risuño del paisaje que se dibuja allá, a lo lejos, en la andina cordillera donde resalta, con los posteriores lampos de luz, el oro brufido de las nieves. Es la hora solemnemente mística, evocadora de añoranzas, de ilusiones muertas, de oraciones monótonas, porque es la hora de las campanadas lígubres, remedos sordos de voces de ultratumba. Hora de la *Oración* suelen llamarla, posesos de alucinación fanática, los que ya descienden aprisa, muy aprisa por la rápida pendiente de la vida. Pero la juventud, de cuyos labios brota la protesta por todo lo que muere o tiene apariencias de muerte, por todo lo que envejece y caduca; la juventud que simboliza vida, pasión, frenesí, bien ha podido llamar a esta hora la *Hora del Amor*, porque a las seis de la tarde, rompiendo la habitual monotonía, corre la juventud, loca, enardecida, por calles y plazas, por fincas y alquerías, en busca de la amada que debe estar, a esa hora, asomada a la ventana, u oculta tras la celosía o adoselada en el cortinaje, como queriendo darnos a entender que así el amor es más pético, más codiciado y que su fruto será mucho, muchísimo más sabroso...

Yéndome por esas calles de Dios, a las seis de la tarde, medio periplo y caviloso, como quien medita en la mbe de langosta del conservadorismo, tropecé conerte la mía con una pareja amartelada. Ella, chiquilla guapa, manzanita en sazón, hermosa, pulcra, acicalada, frisando en los dieciocho años, todo un conjunto de gracias y una

suma de virtudes (no se olvide que se trata de una riobambena), vestida de colores sugestivos: rosa encarnado, azul celeste, verde claro, blanco armiño; y él, ¡oh él! todo lo *chic* que puede exigirse a un acudalado a la moderna: polainas tomates, importadas expresamente para una generación, sombrero de ancha falda, poncho *ati grado*, color *aristocrático*, fusta de montar, guantes de montar, reloj (también de montar) y una *limpísima* bufanda al cuello, hacían de este mortal el personaje más pri-puesto y codiciado de cuantos acababan de llegar de la heredad.

La pareja de mi relato conversaba, contra lo que se estilaba por estas tierras, y a vista y paciencia de los transeuntes, y ni el importuno pitar de los autos (que aquí suelen llevar caja de música), ni el malicioso carraspear de las gentes, ni el cuchichear del vecindario, ni el recibir de los zapatos de alguien que pasaba junto a ellos (que debió ser canónigo) fueron parte para interrumpir el dulcísimo coloquio de ese par de pichones que ya parecían sentirse con alas para volar (cosa que aquí está de moda) para volar muy alto e ir a posarse en la enramada a entonar la canción de amor, acordando sus voces con los melodiosos aspergiros de las aves....

Peliz pareja—me decía yo—ella es una prueba convincente de cuánto vamos avanzando en el camino del *progreso*, pues hacer aquí, en la tierra del recato y del pudor por excelencia, el amor a lo parisense, a lo quiteño, tan a las claras y al aire libre, es algo que irremediablemente nos hace pensar en lo hermoso, *europo* y *habitabile* que será Riobamba cuando haya una distribución más *equitativa* de los corazones femeninos, cuando haya para todos una *caridad* de amor, cuando en los labios provocativamente purpúreos de estos ángeles seductores asome una sonrisita más libre, más cálida, más expresiva y definida; cuando sean sus ojos rayitos de sol que alumbrén, con largueza y munificencia, los más apartados seos del alma; cuando en sus boquitas frescas y primaverales nos den a beber la vida que mana de ellas a torrentes; cuando en el cáliz transparente de sus caricias tonibeautes nos ofrezcan el licor suave, dulce y embriagador de aquellas sensaciones que sólo ellas saben sugerir, sólo ellas saben atizar, ellas solamente saben apagar.

Pero, ¡oh vanas fajas y quitonas im-

posibles! Aquí asoma sus punzadores dientes la grotesca realidad!

La pareja que en mi optimismo delirante parecíame amartelada, no fue, en verdad de dos enamorados: fue de dos novios ricos cuyo matrimonio había estado ya concertado, desde hacía mucho tiempo, por sus católicos padres, y cuyo amor y cuyas ilusiones, hacía mucho tiempo también, que se habían marchitado; y acaso jamás existió amor, porque a tal noviazgo presidió el vínculo del capital, que estrecha los cuerpos, pero jamás funde las almas ni enlaza los corazones. Y el coloquio que a mí me pareció de amor, era un diálogo sordo y hperó sobre el mal tiempo que hacía, sobre la crueldad de las heladas, sobre la compra del ganado, sobre la venta de la hacienda y sobre la merma de los caballos y el acrecentamiento de las mulas y la esquila de las ovejas.....

Y los autos y los pitos habían hecho acto de presencia porque llegaba el tren y

ese tren traía a un Ministro y ese Ministro traía infinidad de representaciones para una fiesta local, estéril y bullanguera...

Y la ciudad virtuosa, que se asienta a las faldas del Coloso Andino, encerrada en su marco de Mediocera, seguirá silente la marcha de las horas, envuelta en una paz y calma sepulcrales, en tanto que las virgencitas, tesoro sagrado de la ciudad, cofre augusto de las gracias, joyel preciosísimo de virtudes, continuarán ocultas en el templo de la tradición, consumidas en silencio por el imperativo pasional, en espera del arribo del incógnito mensajero que con su flechazo de amor las herirá en el corazón, les dará la libertad y las ungirá con la caricia blanda, intesa y presentida del Placer...

Riobamba, Enero de 1921.

L. F. Torres.

JOYERIA S. D. CISNEROS

Carrera Guayaquil.-N.º 58.

Junto a Ella

I

Íbamos por la calleja
Yo junto a ella, soñando . . .
En una antigua consejo,
Que nos iba recordando
Los amores ya dejados . . .

II

En sus ojos suplicantes
Temblaba, lenta, una lágrima.
Mis labios acariciantes
La interrogaron: ¿qué tienes?
Ella dijo que el recuerdo
Haría su alma impiadoso,
Que sentía un doloroso
Añorar de otras edades;
Que no encontraba un remedio
En donde ahogar sus sandales.

III

Después cuando contemplaba
Que ella también sonreía,
Que su dolor olvidada
Y sentía mi alegría;
Después de haber apurado
Una bebida espumosa.
Que hasta habría perfumado
Sus finos labios de rosa.

IV

Pensé: La "Sidra Borgoña"
Sabe quitar los dolores;
Y cuando un dolor empañá
Lo más hondo de nuestra alma,
Es como un beso de novia
O una copa de Champaña.

Tarjetas para pegar retratos

EL MEJOR SURTIDO EN PLAZA

Variedad de colores, tamaños y formas

VENDE CONSTANTEMENTE

PLACAS SEED.—PAPELES BROMURO

Guillermo López.

